

Diablotexto *Digital*



**La España “del medio” de Manuel
Chaves Nogales. Una revisión de *A sangre
y fuego***

***“The middle” Spain of Manuel Chaves Nogales.
A review of *A sangre y fuego****

**LARA FERNÁNDEZ MARTÍNEZ
UNIVERSIDAD DE OVIEDO**

larareiriz_06@hotmail.com
<http://orcid.org/0000-0002-8764-2721>

Fecha de recepción: 2 de enero de 2023
Fecha de aceptación: 5 de julio de 2023

***Diablotexto Digital* 13 (junio 2023), 108-121
DOI: 10.7203/diablotexto.13.25868
ISSN: 2530-2337**



Resumen: La tercera España defendida por unos y vilipendiada por otros, fue un concepto que rondó la sociedad española desde el siglo XIX, y que incluyó a autores de muy diversa índole, pero con una ideología común. El presente artículo pretende mostrar, a partir de una revisión de *A sangre y fuego*, que Manuel Chaves Nogales fue uno de los integrantes de esa denominada “tercera España”, gracias a su inclusión en el grupo del *Nuevo Romanticismo*.

Palabras clave: Manuel Chaves Nogales; tercera España; canon; compromiso social; literatura comprometida.

Abstract: The ‘Third Spain’ as supported by some authors and critics and rejected by others, was a concept that lingered in the Spanish society since the 19th century, and which includes a huge variety of authors who shared an ideology. This article seeks to take a step forward in the inclusion of Manuel Chaves Nogales in the ‘third Spain’, based on a review of *A sangre y fuego*, and by providing that he was part of this so-called *New Romanticism* group.

Key words: Manuel Chaves Nogales; third Spain; canon; social compromise; committed literature.



Introducción

El presente estudio —que forma parte de una investigación más extensa— parte de una revisión del concepto de “tercera España” desde su nacimiento hasta la actualidad. Así pues, se hará una revisión del corpus literario de Manuel Chaves Nogales y, en particular, de algunos aspectos de su obra *A sangre y fuego* como representativa de la tercera España.

Manuel Chaves Nogales nació en Sevilla en el seno de una familia de periodistas, por lo que desde muy pequeño conocía el oficio. Su afán por dar cuenta de las desigualdades sociales, así como de los acontecimientos que sucedían tanto en España, como en el resto de Europa, lo llevó a convertirse en un “periodista de acción”. Esto es: viajó a los lugares en los que se desarrollaban los conflictos que eran de interés y se inmiscuyó en ellos, para así dar cuenta de forma fidedigna en sus crónicas de todos los hechos que acaecían en el continente (Martínez, 2016:191-192). Fue el impulsor, sin saberlo, del Nuevo Periodismo en España¹.

Sus escritos —tanto las crónicas como los relatos— se caracterizan por mostrar una posición ideológica neutral y no decantarse por ninguno de los bandos contendientes:

Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre algo tan pernicioso como cualquier reaccionario. En realidad, y prescindiendo de toda prosopopeya, mi única y humilde verdad, la cosa mínima que yo pretendía sacar adelante [...] era un odio insuperable a la estupidez y la crueldad. (Chaves Nogales, 2011:4)

Es por ello por lo que, a lo largo del presente artículo, se propondrán ciertos motivos por los que Chaves Nogales fue parte fundamental de esa tercera España de escritores “no polarizados” que fueron “críticos” con la postura tanto

¹En 1966 se empieza a hablar de “*New Journalism*”, es decir, comienza a equipararse al periodista con un autor de novelas realistas, las cuales ejercen una gran influencia en el desarrollo de esta nueva forma de hacer periodismo: “en la crónica, en la entrevista, en el reportaje, la caracterización acaba deviniendo en retrato; no por casualidad todos los autores que en los años *sesenta* del siglo pasado defendieron los postulados del ‘*Nuevo Periodismo*’ admitieron que la novela realista había ejercido una ‘*alargada influencia*’ en su forma de hacer noticias” (Gala Cajigas, 2011:6). Así pues, Gala Cajigas defiende que Manuel Chaves Nogales fue el primero que con la “urgencia periodística” que impera una guerra, combina su faceta de escritor y de periodista, resultando así ser un reportero que se mueve entre la novela realista y la información (2011: 7-8).



comunista como fascista (Valls, 2018:150), pero comprometidos con aquellos a los que la guerra no les incumbía:

No quiero sumarme a esta legión triste de los «desarraigados» y, aunque sienta como una afrenta el hecho de ser español, me esfuerzo en mantener una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan desposeerme. (Chaves Nogales, 2011:10)

Sobre la tercera España

La tercera España como la conocemos hoy en día dista de la concepción que algunos tenían de este concepto en el momento en que nació, allá por el verano del 36, cuando Niceto Alcalá Zamora define a la perfección el sentido último del término. Lo concibe como una forma de aglutinar las dos Españas de finales del siglo XIX:

Debía de rescatar la España real, liberal y vital, depurándola de radicalismos, y a la vez asumir parte del bagaje de la España oficial, tradicional y conservadora, eliminando de ella corruptelas, autoritarismos, injusticias o dogmatismos (citado a través de Riera, 2016: 40).

Este concepto apareció con el propósito de crear una unión o “pacto” ideológico para mediar entre las dos Españas que ya retrataba Galdós en 1876. Pero el término “tercera España” se venía fraguando desde la proclamación de la II República, y se atribuye a Salvador de Madariaga quien, en 1931, veía la escisión en tres “bandos” que provocaría la proclamación de la República: “El idealismo intransigente de los extremistas de izquierda (...); el coletazo o contramarea de la extrema derecha; y las rivalidades ideológicas que desmenuzarían al centro” (Riera, 2016: 39).

El ya mencionado Joaquín Riera sostiene asimismo la existencia de esta tercera España en aras de la libertad en medio de la barbarie. Para este, la verdadera historia es la de “la gente que no tiene historia” (2016:26), la que Unamuno denominaba *intrahistoria* y que procedía de la memoria colectiva de la oralidad, contada por quienes habían vivido la historia real, y no la oficial.

Así pues, aquellos a los que Riera se refiere como carentes de historia son quienes que fueron silenciados durante décadas; aquellos a los que no se les



escuchó y que fueron los que vivieron en su propia piel la barbarie de la guerra; son, en definitiva, la tercera España:

[...] no se identificaron realmente con ninguno de los bandos enfrentados, independientemente de que antes de la guerra hubieran simpatizado con partidos o movimientos que pudieran asociarse con alguna de las dos Españas en lucha (2016: 40).

El fin último de los integrantes de la tercera España era la búsqueda de la libertad, alejados de la polarización de la sociedad española en uno u otro bando porque, como bien reconoce Chaves Nogales, el resultado de la guerra sería el mismo ganase quien ganase; sería una dictadura: “el futuro dictador de España va a salir de un lado u otro de las trincheras (2011: 8).

Y es que realmente la población se vio obligada a decantarse por uno u otro bando, a pesar de que era un conflicto ajeno a ellos y no se sentían identificados con ninguno de los bandos contendientes; era una lucha que no era suya:

En el mundo intelectual literario de los años treinta, en España hubo una Tercera España que él extiende, [Trapiello] más allá de una élite intelectual, alcanzando al resto de la población, una España intermedia que se vio empujada a elegir entre uno de los dos bandos minoritarios. La Guerra Civil, afirma Trapiello, consiguió que dos minorías armadas arrastrasen a una inmensa mayoría neutra y desmovilizada, tanto en el caso de los escritores como en el caso de la población civil. (Riera, 2016: 42)

De aquí nace la denominada “tercera España”: de aquellos que realmente no tenían un bando definido, de los que decidieron luchar —la mayoría desde el extranjero— con su pluma y su libreta por la libertad y la democracia real:

[...] la historia oficial se ha instalado, equivocadamente (...) en una versión épica y entusiasta de la Guerra Civil que ha ocultado la realidad de una Tercera España, mayoritaria y verdadera víctima del conflicto bélico. (Riera, 2016: 46)

Otros como Francisco Espinosa sostienen que quienes somos defensores de la tercera España, tenemos la intención de dar una visión “negativa y caótica de la II República” y de igualar a ambos bandos en la guerra. El autor dice que esta es una mera denominación para aquellos que, como no tenían muy claro de qué bando formar parte, decidieron abandonar el país o mantenerse al margen, pero no los considera un grupo homogéneo:



Se trata de un invento para clasificar a aquellos que no tenían muy claro qué opción tomar y también a los que por los avatares de la política republicana podían tener problemas estuvieran donde estuvieran (...) Desde luego no imagino a Manuel Chaves Nogales en compañía de Ortega, Marañón o Pérez de Ayala, los supuestos representantes oficiales de la “tercera España”. (2014: 146)

La literatura comprometida en el marco de la tercera España

Que el concepto de “tercera España” estuviera ya en el aire en torno a 1931 no era de extrañar si tenemos en cuenta el panorama de la narrativa del momento, que se extendió hasta bien iniciada la contienda revolucionaria. Esta situación social y política desencadena una literatura que denominada “de avanzada” (Castañar, 1992: 9) y que se centra en las penurias y vicisitudes de la masa popular, contrario a lo que Ortega y Gasset retrató en su *Deshumanización del arte*.

La situación social del momento, la transición de la dictadura de Primo de Rivera a la II República española que termina fracasada a ojos de aquellos que en un tiempo fueron sus impulsores, provoca en la mentalidad de algunos intelectuales la necesidad de dar cuenta de la situación precaria en la que se encuentra la mayor parte de la población española. Es por ello por lo que dejan de lado el arte para las élites y se centran en hacer un arte por y para el pueblo, que abogue por sus derechos y así sean defendidos por aquellos que tienen la palabra como arma (Castañar, 1992:11).

Tal es el caso de los escritores del denominado ‘Grupo del Nuevo Romanticismo’, impulsado en 1930 por el ensayo *El Nuevo Romanticismo* de José Díaz Fernández. Él mismo ya había escrito dos años antes, en 1928, *El blocao*, una novela que da el pistoletazo de salida para la transición a esta narrativa cuasi testimonial, que queda relegada en esa historia olvidada de la tercera España.

Así, Díaz Fernández aboga por ese cambio en la sociedad del momento, que viene de la Revolución Rusa, e insta a que se dé un paso al frente y se tome conciencia, por medio de las letras, de lo que está ocurriendo en nuestro país:

Pero lo que me extraña es que la gendarmería literaria o intelectual, tan abundante en nuestro país, no quiera darse por enterada de que en este año 1930 se registra en todos los frentes del arte contemporáneo una transformación de estilos y de ideas que significa,



sencillamente, el punto de partida de una nueva concepción de la vida. Habrá que achacar este silencio a ese pacto oscuro que han hecho la mayoría de nuestros intelectuales con los valores establecidos, y al temor, que raya en lo pavoroso, de las llamadas minorías dirigentes, para todo cuanto signifique radical alteración de los grandes principios que forman el esqueleto de la civilización de nuestro tiempo. (2006: 341)

Los integrantes de este grupo del *Nuevo Romanticismo* van más allá del mero ejercicio de la literatura, abandonan su torre de marfil para adentrarse en un compromiso social que los llevará a inmiscuirse en la vida pública del momento, bien como parte de algún partido o coalición política, o bien desde su perspectiva como periodistas u otras labores de la vida cultural del país:

El escritor ha de aconsejar a ésta [la juventud] que se inmiscuya en la vida pública, que no se desentienda de la política, la actividad más cercana a los problemas de la existencia colectiva e intelectual. El mismo ha de desempeñar un papel comprometido dentro de este contexto [...]. Con ello Díaz Fernández no quiere decir que la obra literaria ha de tener una finalidad de carácter partidista en favor de una u otra tendencia. (Díaz Fernández, 2013: 37)

Así pues, de esta literatura abiertamente comprometida con el pueblo, como bien dice Fulgencio Castañar en *El compromiso en la novela de la II República* (1992:66), se puede extraer una estética y unos preceptos similares a los románticos, donde prima el componente humano y la colectividad. Son, según Castañar, preceptos surgidos del movimiento revolucionario ruso que pretenden que el centro de sus composiciones sea la masa popular, dando así un carácter más social al arte (1992:66).

También Vilches de Frutos sostiene en “El compromiso en la literatura: la narrativa de los escritores de la Generación del Nuevo Romanticismo (1926-1936)” que se trata de un movimiento que surge ya a principios de los años veinte, y que reacciona contra las modificaciones sociales del momento a través de la literatura. Su intención no es solo centrarse en la forma de la obra, sino que consideran también totalmente necesario la introducción de su ideología en sus páginas, donde el hombre será el centro del cambio y de la creación de este arte totalmente nuevo y radical: “el arte debe servir de instrumento a todos los hombres que deseen incidir en el cambio de las estructuras sociales” (1982:34). Escribieron durante la II República, dieron cuenta de los levantamientos revolucionarios anarquistas de 1933 y la Revolución de Asturias de 1934, así como de lo que ocurría en el extranjero a través de sus obras literarias y de sus



crónicas y reportajes. Su principal foco de difusión fueron las revistas y los periódicos, como *Ahora* u *Octubre*, pues la urgencia de informar que impera en una guerra provoca hizo que estos diarios se convirtiesen en su principal canal de comunicación. Dice Blanca Bravo Cela en “Actualidad del grupo del Nuevo Romanticismo”:

Editoriales, colecciones y revistas divulgaban la literatura social, ácida, de complicidad con el lector colectivo que acudía a esta literatura para identificarse en los problemas cotidianos e intentar, más que una evasión, una comunión ideológica. En los años treinta la literatura se convirtió en un arma social eficaz. (2001:381-382)

Cuando llegó el momento de levantamiento del verano del 36, no dudaron en ponerse al servicio de aquellos con los que habían estado comprometidos hasta el momento: obreros y clases bajas de la sociedad, denunciando la barbarie de uno y otro bando. Esto los condenó primero al exilio, y luego al silencio hasta bien finalizado el régimen franquista:

Precisamente esta conjunción de conceptos [literatura y sociedad] caracterizó el ideal último de una generación de escritores sometidos a un olvido obligado tras la contienda civil [...]. Se trata de un heterogéneo grupo de unos treinta escritores y escritoras conocido como del “Nuevo Romanticismo”. (Bravo Cela, 2001: 379)

Es pues esta ausencia de partidismo lo que provocó que estos autores fueran apartados de la memoria histórica oficial, pero son parte —tanto ellos como la masa protagonista de sus obras— de la intrahistoria de la “tercera España”.

Manuel Chaves Nogales y la tercera España. Una revisión de *A sangre y fuego*

Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos que partieron España (Chaves Nogales, 2011:5)

Desde que se descubriera en nuestro país —tardíamente— la obra de Manuel Chaves Nogales, ya se le había situado en ocasiones dentro de la tercera España por su talante pacifista y liberal, así como por su declaración abierta en



el prólogo de *A sangre y fuego* donde se describe como “antifascista y antirrevolucionario” (2011:3-4):

Yo era eso que los sociólogos llaman un “pequeñoburgués liberal”, ciudadano de una república democrática y parlamentaria. Trabajador intelectual al servicio de la industria regida por una minoría burguesa capitalista heredera de la aristocracia terrateniente, que en mi país había monopolizado tradicionalmente los medios de producción y de cambio [...] a fin de cuentas, yo iba sacando adelante mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria. (2011: 3-4)

Su alegato en contra de todo extremismo no se queda en el prólogo y el uso de la primera persona, si no que va más allá y a lo largo de toda la obra Chaves Nogales continúa haciendo, si le queremos llamar de alguna forma, “propaganda” de la tercera España.

Los personajes de *A sangre y fuego* son representativos en el sentido de que no importa a qué bando pertenezcan, todos ellos son víctimas de la escisión de España y acaban siendo vapuleados por uno u otro bando; son personas que se han visto arrolladas por la barbarie.

Uno de los capítulos más representativos en este sentido es el denominado “El tesoro de Briesca”, en el que el comité revolucionario de Briesca y el camarada Arnal intentan poner a salvo de los fascistas el “tesoro artístico y arqueológico del pueblo” (2011:138). El inicio de este relato ya comienza con un denominado “hombrín” por parte del autor, un diminutivo que pone de manifiesto la “pena” con la que quería presentar al personaje: un “hombrín insensato” que “testarudo y valiente [...] se obstinaba en seguir haciendo, bajo el bombardeo de las bombas rebeldes, el inventario del tesoro artístico” (2011:137).

Al igual que estos personajes pudieran parecer “héroes y mártires”, como el autor indica en el título de la obra (Valls, 2018:151), también podrían tomarse como antihéroes los mismos soldados republicanos que huyen con el ataque de los sublevados:

Pero en Briesca no había ya camionetas; de las que quedaron se habían apoderado, apenas salieron para el frente los milicianos, unos cuantos cobardes que las utilizaron para huir en dirección a Madrid; también se habían llevado el auto de Arnal. (Chaves Nogales, 2011: 142)



A pesar de que Chaves Nogales no se declara seguidor de ninguno de los bandos, hace alusión a la barbarie de ambos; en el capítulo “La gesta de los caballistas” ilustra la forma en que el bando sublevado ejerce la violencia sobre un grupo de campesinos sevillano:

El pueblo —replicó el marqués— siempre es cobarde y cruel. Se le da el pie y se toma la mano. Pero se le pega fuerte y se humilla. Desde que el mundo es mundo, los pueblos se han gobernado así, con el palo. De este es de lo que no han querido enterarse esos idiotas de la República. (Chaves Nogales, 2011: 51)

También en “El tesoro de Briesca” se aprecia la barbarie del bando republicano, cuando el “comandante militar del sector” aparece en la plaza del pueblo tras el ataque sublevado y mata a uno de los milicianos que se le encara por desertor:

El comandante, fuera de sí, desesperado, gritando como un energúmeno, se echaba sobre ellos y al que cogía le abofeteaba rabiosamente [...] Hubo uno que no se dejó agraviar [...] Tropezó con el cañón de la pistola tendido hacia su pecho [...] El militar sacudió con toda su fuerza la pierna aprisionada, y sintió claramente cómo el tacón de su bota se hundía en la cara ensangrentada de aquel hombre. (Chaves Nogales, 2011: 143-144)

En el capítulo “Consejo obrero”, la figura del autor se puede ver reflejada en el personaje del obrero Daniel, como bien sostiene Cintas Guillén en el libro titulado *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*:

En las intervenciones de Daniel (que parecen reflejar las propias ideas del autor) vemos un alegato a favor de la libertad y la independencia frente al consejo obrero, que sólo busca sometimiento. (2009:163)

En este capítulo también se refleja la falsa polaridad que había en la sociedad española del momento: los protagonistas, Daniel y Bartolo, son dos obreros a los que lo único que les interesa es trabajar a cambio de comida para ellos y su familia. Quieren ser libres y tener derechos, pero los sindicatos querían poder, así que los trabajadores debían sindicarse si querían seguir con sus derechos y decidirse por uno u otro bando; no había lugar para lo neutral:

Hoy, el obrero que no tenga su carné de un sindicato revolucionario es un paria al que cualquier miliciano puede matar como a un perro. Los comunistas no van a dar el carné. Nos lo darán los anarquistas, que necesitan obreros de verdad en sus sindicatos. Tan revolucionarios como los de la UGT seremos con nuestro carné de la CNT en el bolsillo. (Chaves Nogales, 2011: 260)



La “ideología contra la atrocidad” como sostiene Riera, es la única que hay en una guerra civil, donde lo que se busca, al igual que hacían aquellos que eran la tercera España, es la libertad y la democracia; en palabras de Riera: “la gran mayoría de personas lo único que quieren es seguir con su vida” (2016: 53-54). Así lo retrata Chaves Nogales al final del capítulo de “Consejo obrero” cuando dice:

Daniel, convertido en miliciano de la revolución, luchó como los buenos. Y murió batiéndose heroicamente por una causa que no era la suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quién la defendiese. (2011: 284)

Es pues, *A sangre y fuego*, una obra que ha de entenderse en un contexto literario y de ficción, pero que está llena de pinceladas de realidad y testimonio del autor que no se pueden pasar por alto:

[...] Y todo ello sin poder obviar el peso, el protagonismo, que tanto el testimonio como el pensamiento siguen teniendo en la lectura literaria, aunque deba compartirlo con otras virtudes retóricas, estructurales y lingüísticas. (Valls, 2018:152)

Esto es, pues, lo que le otorga calidad y validez a la obra —además de su valor literario—, pues ha de tenerse en cuenta a la hora de leer *A sangre y fuego* que el fin último de Chaves Nogales era dar cuenta de lo que ocurría en el país, de dar voz a los olvidados y de mostrar la barbarie —a través de la ficción, por razones obvias— de un país que estaba hundiéndose a sí mismo. Escribía, como sostiene Manuel Vicent en *Los últimos mohicanos*, a pie de calle, ya que sabía de primera mano lo que ocurría en el país, y redactaba unas crónicas poco críticas —por razones obvias de censura—, pero brillantes (2016: 68). A pesar de todo, una vez terminada la contienda no fue recordado ni como exiliado: “Tal vez este hecho se deba a que, en uno y otro bando, él nunca se consideraba de los nuestros, sino dueño de la voz libre, comprometida con la democracia y consigo mismo” (Vicent, 2016: 68).

Conclusiones

Más allá del mero hecho de ser un grupo muy dispar unido por la ideología de la libertad, la tercera España tiene como finalidad un fuerte compromiso social con



aquellos que fueron silenciados ya durante la guerra, y que se vieron obligados a luchar por una causa que no era la suya. Muchos escritores e intelectuales decidieron no luchar con armas, pero sí utilizar sus palabras como arma para batallar por la libertad. Dice Riera:

[...] en realidad sólo una minoría puede realmente ser descrita como fuerte o incondicionalmente adherida a un polo u al otro, mientras que la mayoría tiende a permanecer, sin comprometerse o comprometiéndose débilmente, formado parte de una “zona gris” entre dos polos. Esta realidad ha sido señalada por Edward Malefakis al referirse al caso concreto de la Guerra Civil Española afirmando que “en todas las guerras civiles, la mayoría de la población pertenece probablemente, al menos en el inicio del conflicto, a algo equivalente a lo que llegó a ser llamado en 1936-1939, la Tercera España: aquella que no creía en ninguna causa con la intensidad suficiente como para estar dispuesto a derramar sangre por ella”. (2016:53-54)

Dentro de esta tercera España, por lo tanto, tienen cabida también, a mi parecer, los autores del grupo del Nuevo Romanticismo, quienes, a pesar de mostrar un compromiso político durante la II República, decidieron dejarlo de lado al inicio de la contienda por no sentirse representados por el bando que habían elegido e impulsado:

Ya no se permite la neutralidad ni el deporte intelectual —dirá Baroja en uno de sus artículos de la guerra, coincidente con lo que decía Arconada—; hay que ser de la derecha o de la izquierda. Para mi gusto esto es un poco primario y sin interés. No se aceptan los términos medios: o comunista o fascista. Los escritores españoles que, por lo mismo que no teníamos una actitud deportiva, nos creíamos lejos de la lucha, nos hemos encontrado en medio de la pelea. Somos obligatoriamente beligerantes, pero beligerantes ¿de qué lado? No lo sabemos [...] Nosotros no tenemos un enemigo, sino dos; los blancos y los rojos. (Torrente Ballester en Trapiello, 2011:39)

Así pues, dentro de este grupo y Chaves Nogales tiene un papel fundamental como representante de esta tercera España ya que, desde su situación privilegiada de periodista, nunca abandonó su compromiso ferviente con aquellos que fueron silenciados —aunque él correría la misma suerte— y jamás dejó de darles voz a través sus escritos:

Cuando estalló la guerra civil, me quedé en mi puesto cumpliendo con mi deber profesional [...]. Yo, que no había sido en mi vida revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo había estado a las órdenes del capitalista, es decir, siendo leal a ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa contra el fascismo y los militares sublevados. (Chaves Nogales, 2011: 5-6)



En este sentido cabe destacar que las crónicas de Chaves Nogales, publicadas en muchos diarios españoles como *Ahora*, y en otros extranjeros como *Evening Standard*, fueron fundamentales para conocer la España del momento. Incluso cuando se encontraba en el exilio, nunca dejó de atender a los acontecimientos que sucedían en su país. Así lo sostiene Cintas Guillén en *Chaves Nogales. El oficio de contar*:

Los acontecimientos que se narran no dejan lugar a la fantasía: todo lo que se cuenta está sacado de la realidad, de la propia realidad personal del escritor y lo que había visto y oído en sus últimos días en España, y de las noticias que le llegaban a su casa de Montrouge, traídas por otros exiliados. (2011: 236)

Así pues, la mayoría de sus escritos periodísticos fueron recogidos en obras que hoy gozan de gran calidad literaria, como sucede con *Los secretos de la defensa de Madrid*, o con el propio *A sangre y fuego*. Según Cintas Guillén en *El hombre que estaba allí*, la intención de Chaves Nogales no era hacer un relato literario, sino aportar información de tipo veraz y real a través de sus artículos:

El de Chaves Nogales es más bien un periodismo narrativo. Lo que tiene de literario su periodismo es más bien espontáneo, algo no buscado especialmente como recurso literario. Es producto de su formación literaria. (Suberviola y Torrente, 2013: 58)

En este sentido, punto de partida de *A sangre y fuego* es el conocimiento y experiencia de esta “intrahistoria” por parte de Chaves Nogales que, al ser periodista, conoció de primera mano los acontecimientos que sucedían en la España del momento y viajó hasta donde ocurrían. Desde su exilio en Francia no dejó de lado esta labor, por lo que siguió en contacto con quienes estaban en nuestro país inmersos en los hechos bélicos del 36. Dice Cintas Guillén:

No creo que tuviera ninguna pretensión política y si la tenía, era algo anecdótico en su vida. Su principal pretensión fue siempre la de hacer bien el periodismo que hacía, pero lógicamente como periodista estaba muy cerca del poder. Estaba en la calle, pero también en los entornos de la autoridad porque se podían conocer más de cerca los acontecimientos. (citado a través de Suberviola y Felipe Torrente, 2013: 58)

**BIBLIOGRAFÍA**

- BRAVO CELA, Blanca (2001). “Actualidad del grupo del ‘Nuevo Romanticismo’”, en *Literatura y sociedad, el papel de la literatura en el siglo XX: I Congreso Nacional de literatura y sociedad*, pp. 377-388.
- CASTAÑAR, Fulgencio (1992). *El compromiso en la novela de la II República*, Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
- CINTAS GUILLÉN, M. Isabel (2009). *El periodista comprometido: Manuel Chaves Nogales, una aproximación*, Andalucía: Fundación Centro de Estudios Andaluces. Consejería de la Presidencia. Junta de Andalucía
- CINTAS GUILLÉN, M. Isabel (2011). *Chaves Nogales. El oficio de contar*, Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- CHAVES NOGALES, Manuel (2013). *A sangre y fuego*, Barcelona: Libros del Asteroide.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, José (2013). *El Nuevo Romanticismo*, Stockcero.
- ESPINOSA, Francisco (2014). “Literatura e historia. Manuel Chaves Nogales y la ‘tercera España’”, en *Pasajes: revista de pensamiento contemporáneo*, 44, pp. 136-161, en <https://roderic.uv.es/handle/10550/48885> [Fecha de consulta: 6 de julio de 2023].
- FUENTES, Víctor (2006). *La marcha al pueblo de las letras españolas*, Madrid: Ediciones de la Torre.
- GALA CAJIGAS, J. Miguel (2011). *El Nuevo Periodismo de Manuel Chaves Nogales*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid. [Trabajo Final de Máster].
- MARTÍNEZ, M. Lara (2016). “La crítica literaria al maniqueísmo en la guerra civil. *A sangre y fuego* y *El rey y la reina*”, en *Siglo: actas del V Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*, pp. 191-198.
- PRESTON, Paul (2012). *Las tres Españas del 36*, Barcelona: Penguin Random House.
- RIERA, Joaquín (2016). *La Guerra Civil y la Tercera España*, Madrid: Almuzara.
- SUBERVIOLA, Daniel y TORRENTE, L. Felipe (2013). *Chaves Nogales, el hombre que estaba allí*, Madrid: libros.com
- TRAPIELLO, Andrés (2011). *Las armas y las letras*, Barcelona: Ediciones Destino.
- VALLS, Fernando (2018). “Un estudio en marcha: sobre los cuentos de *A sangre y fuego*, de Manuel Chaves Nogales”, en *Orillas: revista d'ispanística*, 7, pp. 149-166. En http://orillas.cab.unipd.it/orillas/es/07_09valls_rumbos/ [Fecha de consulta: 6 de julio de 2023].
- VICENT, Manuel (2016). *Los últimos mohicanos*, Madrid: Alfaguara.
- VILCHES DE FRUTOS, M. Francisca (1982). “El compromiso en la literatura: la narrativa de los escritores de la generación del Nuevo Romanticismo (1926-1936)”, en *Anales de la literatura española contemporánea*, 7, pp. 31-58.